



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Universidad de Sonora
Unidad Regional Norte

Volumen 15 No. 3 (Septiembre-Diciembre) 2020: 26-27

INVURNUS
"En busca del conocimiento"

BOOK REVIEW

Reseña del libro: "Ensayo Sobre la Ceguera"

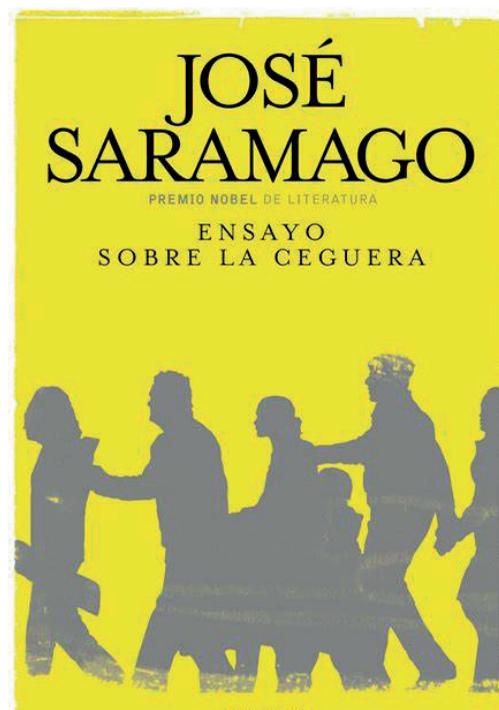
Autor: José Saramago
Alfaguara | Año 2015 | ISBN 978-070-731-115-2

"Al esperar el cambio del semáforo de rojo a verde, se alcanza a ver un auto que no avanza y los coches atrás empiezan a vociferar con los gritos metálicos emanados de sus cláxones; se alcanza a ver también, que el conductor no avanza a pesar del auto encendido y también por sus gestos y ademanes, su desesperación. Cuando otros conductores al fin se acercan y escuchan lo que el conductor tiene que decir, se perciben dos palabras contundentes: Estoy ciego..."

De esta impactante manera inicia José Saramago, el premio Nobel de literatura 1998, una de sus obras más conocidas "Ensayo sobre la ceguera". Muy a su estilo, con una prosa sencilla y continua que a ratos es difícil de seguir, nos adentra en una ciudad poblada con unos cuantos conocidos y unos muchos desconocidos, todos los cuales se ven inmersos (cual medio de cultivo líquido) en un mismo microambiente, donde, precisamente por la convivencia tienden a conocerse a pesar de no verse.

Su primera edición se emitió en aquel, lejano ya, 2006 sin embargo hay algo que me evoca a este año 2020... 2020, será sin duda recordado por generaciones. El vivir este año, sin duda me hace pensar en todo lo que se ha perdido y, ¿por qué no?, ganado. Es innegable que una crisis como esta saca a flote la capacidad del ser humano como un ente social y pone en evidencia nuestra verdadera personalidad, donde quien tiene que cuidar, proveer, sanar, educar, etc., tiene a su vez, que ser cuidado, proveerle, ser sanado y educado... Y ¿entonces? ¿quién tendría que ser atendido en sus necesidades primero?

Hay un dicho coloquial que dice "Los toros se ven bien desde la barrera" y desde esa barrera, no es difícil asumir que lo lógico, lo humano, lo más apropiado, debería ser apoyar a quien menos tiene, con una ilusoria idea paternalista de protección; sin embargo, la realidad es otra: pensemos que ahora no estamos "tras la barrera", sino que estamos enfrentándonos al toro, por instinto de supervivencia nos protegeríamos a nosotros mismos y a los nuestros.



Aquellos que de cierta manera tienen “mejores condiciones” y “acceso a” ciertas cosas como un sueldo fijo sin necesidad de salir a las calles, comida y medicamentos en la seguridad de sus casas sin tener que arriesgarse a adquirir a ese ente invisible que contamina a cada paso que se da, sin aún comprender a bien bajo que mecanismo se adquiere o se transmite, pueden darse el lujo de permanecer ahí, resguardados, pero eventualmente sucederá lo inexorable... Alguien tiene que salir o algo tiene que entrar. Y entonces se presentan las compras de pánico, gente abarrotando los supermercados y agotando productos esenciales y no, y así pasó el tiempo.

Muy pronto, aquellos que aún no caían víctimas de la infección, empezaban a relegar (discriminar) a aquellos (que por descuido, negligencia, ignorancia o necesidad) fueron víctimas de ese mal invisible y se separaron familias, lealtades y amores. La joven promesa del arte, el profesionalista exitoso, el amor añejo, el más rudo entre los rudos, todos en su momento, se contagiaron.

Se infectaron policías y personal de salud, el gobierno no sabía que hacer, las grandes mentes en salud tampoco. Líderes sucumbieron a la infección y todos con la misma sintomatología, se empezaba a conocer la enfermedad... si, varios muertos después... y entonces, de entre todos aparecieron aquellos que a pesar de estar en contacto con los infectados no se enfermaban y eso en lugar de esperar daba pie a las más intrépidas elucubraciones acerca del origen de tal ente.

Hasta este momento, no podemos tener una clara distinción de si lo que cuento en estas líneas corresponde a la ficción del imaginario del portugués o bien sacado de las noticias de los últimos 8 meses ¡qué curioso!

En esta obra se cuentan las diversas situaciones a las que se enfrenta un peculiar grupo de personas formado por un escritor, un viejo y su mujer, una chica de gafas oscuras, un médico y su esposa, un niño con estrabismo y un hombre que siempre se acompaña con una bufanda después de ser atacados por un mal que provocaba una extraña “ceguera blanca”. Evidentemente, hay más grupos afuera que también luchan por sobrevivir, por adquirir insumos médicos y alimenticios y se presenta en su narrativa la realidad de dicha encarnizada convivencia.

No se dejan pasar tampoco los momentos en los que el gobierno, en su afán de controlar los estragos de dicho mal, pretende confinar en un recinto a los desafortunados infectados y suministrarles alimentos, y nuevamente, hace aparición la naturaleza humana, donde emerge aquel que a base de fuerza (o brutalidad) pretende

administrar los escasos recursos a cambio de prebendas o beneficios (¿cuál más, que acceso a la comida?!) y lo inesperado del corte total de los suministros, señal inequívoca de que la infección se extendió más allá de los muros de su contención. Ante tan desolador escenario, el singular grupo pretende permanecer y sobrevivir, dándose cuenta de que de manera independiente no lo lograrían. El enfrentarse a un mundo abierto y recorrido al abrigo de sus sentidos restantes, cada personaje vive una aventura independiente, con sus respectivas aristas y demostrando que cada cabeza es un mundo y cada mundo tiene sus tormentas; esta ley, en esta selva retomaba lo observado por Darwin “los organismos que se adaptan son los que sobreviven” y este grupo buscaba supervivencia y este grupo se adaptó.

En este punto caía lo más oscuro de la noche (irónicamente) y marcaba la llegada de un nuevo amanecer y así, afortunadamente (me digo a mis adentros) y con la esperanza de que suceda lo mismo en nuestra realidad, Saramago promete en su obra que “de repente uno de los ciegos, irritado, y con una respuesta ácida escapando de la boca, abrió los ojos y vio. Vio y gritó, VEO [...]” y así siguieron cada uno de los ciegos de ese grupo, lo que supuso el término de la epidemia. Cuando al asomarse por la ventana uno de ellos, ve lo que ha quedado, las calles vacías, la pérdida humana, inmundicia, nuestra realidad.

Con ello, a líneas de rematar, una reflexión contundente cuando al médico le pregunta su esposa “[¿por qué nos quedamos ciegos?], [No lo sé, quizá algún día sepamos la razón, ¿quieres que te diga lo que estoy pensando?], [Dime], [Creo que no nos quedamos ciegos, estamos ciegos. Ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven]. Trasladándonos a nuestra actualidad, ¿Será que somos ciegos? ¿Será que no queremos ver? ¿Será que necesitemos regresar a lo básico para darnos cuenta de que no necesitamos lo que “creemos necesitar” y que lo esencial es la salud y la familia? ¿Será...?

— Dr. Edwin Barrios Villa